

nes son los que se quejan de la sobrada latitud de la autoridad paterna? Los nombres propios bastan á veces para juzgar *à priori*. Examinando bien la historia, hallaréis á últimos del siglo pasado algunos legistas superficiales, grandes admiradores de las doctrinas filosóficas sobre la humanidad, habituados á los teatros, oradores de club, personalmente interesados en la relajacion de toda especie de autoridad, como no fuese la suya. Francia debe sus leyes materialistas y antisociales á esos niveladores imprudentes ó impíos. Sin embargo, prescindiendo de estas consideraciones, queremos admitir sin réplica vuestras razones. Falta solo que nos digais de qué proviene esa desconfianza que inspiran la bondad, la justicia y la prudencia paternas. ¿Quién ha llevado á los padres á abusar de su poder de una manera tan odiosa, que ha hecho necesaria la reduccion exagerada de sus derechos? ¿Es acaso el Cristianismo? Pero es él quien dice á los padres: «Lugartenientes de Dios, gobernad vuestra familia como el mismo Dios gobierna al mundo, con justicia y equidad. Acordaos de que tenéis en el cielo un Señor y un Juez.» ¿No se deben atribuir esos desórdenes á la influencia de esas doctrinas anticristianas que, quebrantando ó relajando la autoridad divina, regla invariable de justicia, han abandonado á los padres al desenfreno de sus caprichos y pasiones? Esto es cuanto queríamos consignar.

## CAPÍTULO VII.

*Continuacion del precedente.*

Predicada por la Reforma, encomiada por la filosofía, cantada por la poesía anticristiana, infiltrada en las costumbres, inscrita en las leyes, la relajacion de la autoridad paternal no ha tardado en disminuir la piedad filial. Las preciosas costumbres que hemos señalado, y que manifestaban en la familia antigua ese temor reverencial por parte de los hijos, han desaparecido cuási por completo. Al respeto religioso á los padres ha sucedido una familiaridad reprobable. Hay una palabra que reasume por sí sola esa degradacion, y si se nos permite decirlo, ese destronamiento sacrilego de la autoridad paternal. Esta palabra, que no existe en el moderno francés sino porque expresa un sentimiento moderno, es la pala-

bra *tú*, empleada por los niños para con los autores de sus dias. El tuteo, manifestacion de la familiaridad, conveniente entre iguales, se convierte en reprobable, y revela el quebrantamiento de respetos sagrados, cuando se dirige de inferior á superior, de hijos á padres. Sabe á la feroz igualdad del 93, cuya consecuencia es, como fue ella misma la traduccion de las doctrinas filosóficas y protestantes. El buen sentido cristiano ha suprimido esa innovacion en todas las demás relaciones; solo ha sobrevivido en la familia. Y sin embargo, en ella es donde debia de haberse borrado con mayor premura, por razones fáciles de comprender. Por una parte, el hijo, en continuo contacto con sus padres, tiende á familiarizarse con ellos y á olvidar la distancia que los separa. Por otra parte, la ternura paternal los rebaja cada dia, en mil circunstancias, al nivel de los hijos. Concíbese, pues, cuán necesario es que se procure presentar á estos nuevos motivos de respeto á los autores de sus dias. Es preciso que encuentren en su vida habitual costumbres, en su lenguaje fórmulas, que les recuerden á cada momento esta virtud fundamental de la sociedad doméstica. Merced sin embargo al abuso que deploramos, el hijo no tiene sino una fórmula para hablar á su padre, á su madre, á su criado, á su perro: para todos es igual; *tú*.

Si penetramos en el hogar doméstico, verémos que ese lenguaje *revolucionario* es la expresion de las costumbres. Admiradores de sus hijos, esclavos de sus caprichos, la mayor parte de los padres llevan su ciega ternura hasta la idolatría. Que el pequeño dios manifieste un deseo, por irreflexivo que sea, se corre, se inventan medios para satisfacerlo: con frecuencia se procura adivinarlo para prevenirlo, y nada se omite para cumplirlo. ¡Padres insensatos! Meditadlo bien; esos ciegos caprichos, ese espíritu de dominacion que tan complacientemente lisonjeais, serán un dia vuestro suplicio. Á esta primera falta añadís una segunda. Excitais en vuestros hijos gustos que no son de su edad. ¡Les dáis para juguetes, objetos de lujo; para distracciones, espectáculos, bailes! ¡espectáculos á los niños! ¡bailes á los niños! ¿Qué les daréis cuando saldrán de la infancia?

Por ingeniosa que sea, vuestra idolatría agotará pronto sus recursos. Para despertar emociones gastadas antes de la edad, será preciso reemplazar esos placeres, que quiero creer inocentes, con

otros que no lo serán. Será preciso lo que se quiere hoy, y lo que no se daría si no se quisiese: espectáculos en que se disputan la palma la inmoralidad y la crueldad; bailes en que la inmodestia de los adornos y la lubricidad de los movimientos apagan hasta el último sentimiento de la piedad y algunas veces del pudor. ¡Guardas infieles! Vosotros habeis pervertido esas tiernas almas, vosotros las habeis hecho culpables, ellas os harán desgraciados. La indiferencia, la ingratitud, la insubordinacion, el desprecio, el abandono, el oprobio, lágrimas, y siempre lágrimas: ¡hé aquí la rica cosecha que recogeréis! Prescindiendo de excepciones, que nos complacemos en creer numerosas, tal es la historia de la familia actual. Por garantía de esta verdad tenemos la experiencia, y los hechos referidos todos los días por los periódicos, la estadística criminal, y ese lúgubre concierto de quejas y recriminaciones que se eleva incesantemente del fondo de las ciudades y de los campos.

¿Quién creería ahora que en el seno de una sociedad doméstica, en que los superiores se han convertido en servidores de sus inferiores, en que la anarquía domina por do quiera, quién creería, repetimos, que el despotismo reinase en ella? Y sin embargo el hecho es cierto. Si buscáis la explicacion de esto, la hallaréis tambien en las doctrinas anticristianas que rigen la familia actual. Débil ante sus hijos, el padre sin religion afecta ser fuerte contra Dios. Se muestra ciegamente déspota en las dos cosas en que mas necesaria es la libertad para su felicidad y para la de la familia. Se comprenderá que hablamos de la observancia de las leyes religiosas y de la eleccion de estado social.

El despotismo mas real, como el mas fatal, no es el que en las cosas humanas hace preponderar una voluntad inferior sobre una superior, el capricho sobre la razon; no, es aquel que en las cosas divinas sustituye la voluntad del hombre á la voluntad de Dios. Tal es el despotismo paternal en nuestra familia anticristiana. «Padre, no trabajaré el domingo, porque Dios lo prohíbe. — Pues «yo te lo mando: yo soy el Señor: *ego Dominus*. — Padre, quiero «ir al templo: mi conciencia lo exige, Dios me lo manda. — Pues «yo te lo prohíbo: yo soy el Señor: *ego Dominus*. — Padre, no «puedo comer de estos alimentos; Dios me lo prohíbe. — Pues yo «te lo mando: yo soy el Señor; *ego Dominus*. — Padre, no puedo

«asistir á tal reunion, á tal espectáculo; Dios me lo prohíbe. — «Pues yo te lo mando: yo soy el Señor: *ego Dominus*.»

Esta ridícula parodia de la autoridad divina provocará poca indignacion en nuestro siglo de indiferencia religiosa; pero hé aquí otro abuso de poder que toca á lo vivo á nuestra sociedad materialista, y que compromete de la manera mas grave su tranquilidad y sus intereses. Como el cuerpo humano, el cuerpo social tiene tambien diferentes miembros, cuyas funciones particulares son necesarias á la economía del todo. El lenguaje cristiano expresa esta verdad, diciendo que cada hombre tiene una vocacion particular, que no ha elegido, sino recibido. Conocerla, practicarla, cumplir sus deberes con fidelidad y constancia, tales son las condiciones indispensables de la felicidad particular y de la armonía general. Prescindid de esto, y el hombre es para la sociedad lo que en el cuerpo humano el miembro dislocado que sufre y hace sufrir á los demás; lo que en la naturaleza el pez fuera del agua, que se agita, se revuelve, y muere. Para todo ser razonable, esos principios son el A. B. C.

Puesto que el hombre ha recibido su vocacion, que no le es dado cambiar, resulta de esto que la eleccion de estado social no es de la incumbencia de los padres. Que sean los consejeros de sus hijos; que les prevengan contra compromisos irreflexivos, pueden y deben hacerlo; pero á esto se limitan sus derechos. Cuanto traspasa este límite es un acto de despotismo, una sacrilega invasion sobre la autoridad suprema de Dios, que ha creado á cada hombre para un deber social, especial, como á cada órgano para una funcion particular.

Sin embargo, en nuestra familia apartada del Cristianismo, sobre nada se consulta menos á los hijos que sobre su vocacion. Los padres la determinan con la mas asombrosa ligereza: con frecuencia la deciden *à priori* con soberana autoridad. El último de sus cuidados es el de saber si Dios destina á sus hijos á tal ó cual estado: ni siquiera piensan en ello. Mi interés exige que mi hijo sea militar, literato, comerciante; lo será. — Pero ¿tiene vuestro hijo inclinacion á la carrera á que le destináis? ¡Graciosa pregunta! ¿Por ventura no estamos todos dotados hoy de todas las cualidades necesarias para el desempeño de una carrera en que haya dinero que ganar?

En efecto, como el culto del oro ha sustituido al culto de la cruz, la fiebre de la ambicion empuja incesantemente á los individuos fuera de su esfera. Y el despotismo paternal dirige hácia los altos empleos una masa de jóvenes, que para su bien y el de la sociedad, deberian de haber permanecido en puestos mas modestos. De ahí una espantosa aglomeracion en todos los caminos que llevan á la fortuna; de ahí un quebrantamiento continuo de existencias dislocadas cuya vida es un largo y doloroso suplicio; de ahí el descontento y el rencor en los que no alcanzan el término de sus deseos, la insolencia y el lujo en los que lo han alcanzado; de ahí esa agitacion febril, ese universal malestar, que trabaja á nuestra época; de ahí el disgusto, el fastidio, la desesperacion, el suicidio, en una palabra, la comprobacion en todas las lenguas y países posibles de esas sagradas palabras, que el individuo, como tampoco la familia, como tampoco la sociedad, no puede encontrar la felicidad fuera del orden, esto es, fuera de Dios, léjos de Dios, á pesar de Dios <sup>1</sup>.

Al despotismo paternal que pesa sobre los hijos en circunstancias decisivas, se añade el despotismo del Estado. Lo que han quitado las leyes á los padres, se lo han dado al Gobierno. Este es otro de los felices resultados de nuestra educacion pagana. Esparta y Atenas nos han servido de modelos. Allí, como hemos visto en la primera parte de esta obra, el hijo pertenecia á la república. Para ella lo daban los padres á luz; solo el Estado tenia derecho de decidir si debia vivir ó no; solo él podia hacerle educar por quien mejor le pareciese. Ese odioso despotismo ha reaparecido entre nosotros. La máxima espartana y ateniense: «que los hijos pertenecen al Estado antes que á los padres,» fue formulada en su salvaje barbarie por los demagogos del 93. Digna de tener á Danton por órgano, fue escrita en nuestros códigos con la ensangrentada punta de la espada. Vive en el monopolio universitario, nos mata. Y nos mata, porque es el despotismo sobre lo que hay de mas sagrado. Huella la ley natural y divina, que dando á los padres la autoridad sobre sus hijos, los hace responsables de su educacion. Nos mata sobre todo, porque establece la impiedad y la indiferencia religiosa como un homicida nivel por el cual

<sup>1</sup> Dicentes: Pax, pax; et non erat pax. (*Jerem.* vi, 14). Quis restitit ei, et pacem habuit? (*Job*, ix, 4).

deben pasar todas las almas para llegar á las funciones sociales. Seria supérfluo desenvolver latamente este temor tantas veces desenvuelto, y querer dar mayor fuerza á esta lamentable verdad, tan victoriosamente demostrada por raciocinios sin réplica y hechos concluyentes.

## CAPÍTULO VIII.

### *Condicion de la mujer y del hijo.*

Ya déspota, ya esclavo, tal se nos ha presentado el padre en la familia francesa, degradada por las doctrinas anticristianas. La mujer y el hijo han sufrido una degradacion análoga. Principiemos por la mujer. El Cristianismo la habia sacado de la abyeccion; la habia rodeado de respeto, y dotado de toda la libertad conveniente á su vocacion sobre la tierra. ¿Cuál es hoy su condicion? Jamás se ha hablado tanto de su libertad, de su emancipacion y de su gloria, y jamás desde la publicacion del Evangelio, estuvo mas oprimida y envilecida. La ruina del matrimonio cristiano, su natural apoyo, la entrega cuási indefensa al despotismo brutal del ser fuerte, esto es, á la humillacion, á los disgustos, al vicio, y con frecuencia á la miseria. Pero, para instruccion suya, es necesario contarla su vida desde la infancia, y mostrarla todas las causas de envilecimiento y de desgracia que la irreligion ha sembrado á su paso.

Nacida en una familia pobre y apartada del Cristianismo, la joven carece de proteccion moral. La recibe el taller; y en cambio de su trabajo, la da amor al lujo, y la precipita en el libertinaje. Pruebas del género que nuestro siglo necesita, cifras, vendrán luego en apoyo de nuestras palabras. Mientras tanto, séanos lícito recordar lo que el Dr. Villermé ha consignado en su notable libro sobre las clases obreras: «Suplico á mis lectores que me disculpasen, dice, si insisto en detalles mencionados ya en los capítulos anteriores; pero es otra de las necesidades de mi asunto, «la de no poder variar de pruebas. Son siempre, en efecto, manufacturas, talleres, trabajos ejecutados de ordinario en comun «por ambos sexos, y son siempre tambien los mismos desórdenes, «la misma depravacion de costumbres. En Sedan, esa depravacion